

SERMON

PARA EL DOMINGO III. DE ADVIENTO.

*Sobre la severidad Evangélica.*Ego vox clamantis in deserto : Dirigite
viam Domini.*To soy la voz del que clama en el desierto.**Haced derecho el camino del Señor. San**Juan cap. I. v. 23.*

SEÑOR.

Este camino del Señor es sin duda , según el pensamiento de todos los Padres de la Iglesia , y aun en el sentido literal , el camino estrecho de la salvacion ; y el Bautista es el primero que como Precursor de Jesu-Christo fue enviado al mundo para darle á conocer , para disponerle en los corazones , para allanarle sin ensancharle ; mas principalmente para enderezarle con las santas reglas que nos dexó trazadas , exortándonos á entrar por él , y á seguirle : *Parate viam Domini , rectas facite semitas ejus.* (a) Camino estrecho , y el único que puede conducirnos á la vida eterna : *Arcta via est , que ducit ad vitam.* (b) Porque despues del pecado , dice San Jerónimo , es la mortificacion el único camino que tenemos para ir á Dios.

Pe-

(a) Matth. 3. v. 3. (b) Matth. 7. v. 14.

Pero por una conseqüencia triste del infeliz estado á que nos reduxo la culpa , ¿ cuántos son los que ignoran este camino y no le saben discernir ? ¿ cuántos de los mismos que le buscan , y creen que han dado en él , andan descaminados y se pierden ? A la verdad , la Escritura nos enseña que hay un camino , cuyas apariencias nos engañan ; que le tienen los hombres por derecho , pero su termino viene á parar en la muerte : *Est via , que vedetur homini recta : & novissima ejus ducunt ad mortem.* (a) Es pues mi empeño en este dia , amados oyentes míos , preservaros de un engaño tan peligroso : es mi asunto daros una idéa justa de la severidad Christiana ; y esto es lo que intento en este discurso. No tomemos otro modelo que al Bautista , y porque la luz parece mas resplandeciente contraponiéndola á las tinieblas , saquemos á la vista la verdadera severidad de San Juan contra aquella falsa severidad de los Fariseos , que tantas veces y tan al descubierto reprobió el Hijo de Dios en el Evangelio. ¿ Quién profesó jamás vida mas austera que el Precursor divino ? ¿ Quién fue mas severo en sus costumbres ? Mas en su misma severidad fue desinteresado , fue humilde , y estuvo lleno de caridad. Su desinterés fue el mas perfecto : solamente de su voluntad depende que toda la Judéa le reconozca por Mesías : los Sacerdotes y Levitas diputados por la Synagoga están dispuestos para reverenciarle como tal ; mas sin dexarse llevar del resplandor de una dignidad tan augusta y eminente , no solamente protesta que no es él el Mesías , pero que ni es Profeta : *Elias es tu ? Non sum : Propheta es tu ? Non.* (b) Humildad heroica : tan lejos está de aceptar la oferta que le hacen , que confiesa que no es digno de servir al Mesías que buscan , en los obsequios mas humildes , ni aun de descalzarle : *Cujus non sum dignus , ut salvam ejus corrigiam calcementi.* (c) Caridad en fin , la mas pura y mas sólida : si tiene alguna aspereza es solamente para sí , por lo demás emplea todo el fervor de su

Tom. I. Adviento. Oo ze-

(a) Prov. 16. v. 25. (b) Joan. 1. v. 21. (c) Ibid. v. 27.

zelo en instruir los pueblos, y en mover y ganar los corazones, para llevarlos á Jesu-Christo: *Ego vox clamantis; dirigite viam Domini.*

Ved aquí lo que llamo severidad verdaderamente Evangélica. Veis lo que les faltaba á los Fariseos, y lo que les falta á otros muchos, que como San Gerónimo les dá en rostro, heredaron con desgraciada sucesion todos los vicios de estos fingidos virtuosos: *Vae vobis ad quos Pharisæorum vitia transierunt.* Preciábanse de una piedad severa; pero esta piedad; en qué estriva? En un espíritu de interés; ¡Ay de vosotros (les decia el Salvador del mundo) que hacéis largas oraciones, y pretendéis enriqueceros con el patrimonio de las viudas! En una soberbia oculta. ¡Ay de vosotros (proseguia el Salvador del mundo) que todo lo quereis mandar, y ocupar los primeros lugares! En una aspereza desapiadada con su proximo; ¡Ay de vosotros que echais sobre vuestros hermanos unas cargas pesadas que los oprimen, y no las pueden llevar! Saquemos de esto, amados oyentes míos, tres reglas para hacer juicio cabal de la severidad Christiana; y concluyamos, que debe principalmente consistir en un total desinterés, esta es la primera parte: en una humildad sincera, esta es la segunda: en una humildad paciente y compasiva, esta es la tercera. Dirán que esta materia no es propia de la Corte, y yo digo que es muy necesaria en la Corte. Porque no hay modo de salvarse en la Corte, como ni en qualquiera otra parte, sino por el camino estrecho; y es necesario en la Corte mas que en ninguna otra parte, para andar por este camino estrecho, defenderse del interés, de la soberbia, de los odios, de las encimidades, de las envidias, y de quanto puede envenenar un corazon, y endurecerle. Yo no persuadiré en ella, mas por lo menos enseñaré. La severidad que predico no será en ella practicada, pero por lo menos será conocida. Y aunque sean muy pocas las almas fieles que se aprovechen de esta instruccion, eso me basta. Dios tendrá la gloria de haber hallado en la Corte, ó por mejor decir de haber formado perfectos adoradores en ella. Pidamos la gracia por la intercesion de Maria: AVE MARIA.

I. PAR.

I. P. A. R. T. E.

Por la destruccion del interés, ó por mejor decir, de la codicia que se aplica toda á la solicitud del interés, debg empezar aquella circuncision del corazon, de la qual habla tan repetidamente el Apostol, y sin la qual es imposible entrar por este camino estrecho del Evangelio, que es el que conduce á la vida, y el principio de la salvacion: *Omnia ex vobis, qui non renuntiat omnibus que possidet, non potest meus esse discipulus.* (a) Qualquiera que no renuncia con el espíritu y con el corazon quanto tiene, y mucho mas lo que no tiene, ni puede tener sin injusticia, ó sin atropellar el precepto divino, es incapáz de ser mi discípulo. Ved aquí el primer axioma de la doctrina de Jesu-Christo, que aún siendo el grado infimo de la perfeccion Evangélica, no dexa de elevar desde luego al hombre sobre todo lo que no es Dios, y hace en él real y sólidamente lo que la Filosofia de los paganos jamás pudo hacer sino en apariencia, aun en los que mas perfectamente y con mas zelo la profesaron. De donde concluyo, que un Christiano, por qualquiera idéa de santidad que se proponga, nunca tendrá este espíritu de severidad propio de la ley de gracia, si no tuviere este espíritu de desinterés; por el qual quiso nuestro divino Maestro que sus discípulos fuesen conocidos.

Porque para declararos el mysterio que en él hay, tened cuidado si gustais con las proposiciones que asiento, y que os han de desengañar de otros tantos yerros, de que puedo rezelar con razon que esteis preocupados. Si se ha de medir la severidad Christiana por alguna regla, hablando con propiedad, no ha de ser por la dificultad de las cosas que se emprenden, ni por la prontitud para padecer, ni por el resplandor de una vida en lo exterior austera y mortificada, ni por un cierto zelo de forma de que

Oo 2

se

(a) Luc. 14. v. 33.

se suele hacer alarde en los discursos y conversaciones del mundo, ni por el abándono aunque efectivo de los intereses particulares que facilmente se viene en deshacerse de ellos. ¿Por qué? Porque considerado precisamente todo esto, está tan lejos de ser lo que Jesu-Christo intentó al obligarnos á ser severos con nosotros mismos, que puede juntarse; y efectivamente se junta todos los dias con las mas vergonzosas relaxaciones de la Christiandad. ¿Pues qual es la señal mas segura é infalible de la severidad que profesamos en nuestra Religion? Vuelvo á decir, que un desinterés general, absoluto y sincero: tres calidades tan raras en el mundo como dignas de estimacion, y por ellas debemos hacer juicio de si en efecto somos delante de Dios lo que por ventura nos lisonjamos harto injustamente que somos delante de los hombres. Este punto pide toda la atencion de vuestros entendimientos: no dexéis que se os pierda nada de tan importante materia.

No, Christianos, no es la dificultad de las cosas, ni el aliento para emprenderlas ó para sufrirlas, la regla por donde la verdadera severidad se ha de discernir de la falsa. La prueba de esto es evidente; porque (como discurre con grande acierto el Chrysóstomo) las cosas mas molestas, y á que tiene la naturaleza mas horror, se nos hacen tolerables, y aun fáciles y apetecibles, con la mira de un interés humano: y quando obramos por este interés, está tan lejos de costarnos violencia el abstenernos, el vernos, el cautivarlos, que en no abstenernos, ni vernos, ni cautivarlos, nos hicieramos una total violencia.

Lo que entonces tomamos sobre nosotros nos lo concedemos á nosotros mismos: nos mortificamos en una passion, pero es por seguir el movimiento y atractivo de otra. Ello nos cuesta, pero de suerte que no queda ofendido nuestro amor propio; antes por el contrario, él nos hace llevar lo pesado del yugo, y solicita con eso el satisfacer á sí mismo. Pues no puede ser objeto de la severidad Evangélica lo que tira á contentar nuestro amor propio.

En

En efecto, nadie dirá que la vida llena de congojas y fatigas de un avariento, que se apura por atesorar, es una vida austera segun el Evangelio; ni que la esclavitud de un cortesano, que por establecer su fortuna, todo quanto hay padece, y por todo pasa, se le haya de reputar por ejercicio de aquella abnegacion en que consiste el mas alto merecimiento de los justos. Al contrario, quanto mayor carga están determinados el uno y el otro á tomar sobre sí mismos con esta mira, tanto son mas amantes de sí mismos, y tanto mas lejos están de aquel odio santo, que quiere el Hijo de Dios que nos tengamos á nosotros mismos. ¿Por qué? Porque el interés que le domina, y del qual se ha hecho esclavo, es un amor desordenado de sí mismo que le obliga á padecer. La verdadera abnegación (hablo de un hombre del mundo) antes consistiera en no padecer de ese modo, y en renunciar ese interés por el qual renuncia todo lo demás. Porque esto es lo que le costará; pero esto es juntamente lo que nunca consigue de sí mismo, porque, segun el pensamiento de San Ambrosio, si se apremia á sí mismo, no es en este camino estrecho y saludable que Jesu-Christo nos enseñó, sino con ceguedad harto lamentable, en el camino ancho y espacioso que lleva á la perdicion.

Digo mas, y os pido que escuchéis esto: Una vida exácta, y exteriormente mortificada no basta sola ella para ser testimonio convincente de la severidad que buscamos, que es la que el Evangelio nos encarga. Ved aquí la razon. Debaxo de este exterior de mortificacion y de regularidad puede haber algun interés oculto en que la naturaleza interviene. ¿Qué interés, me direis vosotros? Un interés tanto mas dificultoso de vencerse, y tanto mas peligroso, quanto es mas disimulado y mas sutil; quiero decir, un interés en el qual se mezcla la piedad, y está revestido de lo mas especioso y brillante que tiene la Religion.

Porque si la piedad aprovecha para todo, (como decia San Pablo, aunque en sentido muy diferente) mucho mas la piedad que se precia de ser exácta y austera. Pues tal es

prin-

principalmente la de algunas almas, cuya idea nos dió excelentemente San Agustín, las quales, dice el Santo, convierten en interés propio el ser severas, y parece que su política consiste en que las miren, y las tengan por tales en el mundo; y yo digo que desde el punto que hacen interés de serlo, lo dexan de ser, y es imposible que lo sean: porque no hay en la doctrina Christiana contradicción mas positiva, que la solitud del interés y la severidad.

Un exemplo plausible, y muy eficaz para nosotros, por quanto nuestro soberano Maestro Jesu-Christo á fuerza de ponernosle á los ojos, le dedicó para nuestra enseñanza, es el de los Fariseos: ¿Qué cosa mas ajustada en la apariencia, ni mas apartada de todas las dulzuras de la vida entre los Judios, que los Fariseos? Este era el espíritu de su secta: No obstante, el Salvador del mundo jamás los pudo sufrir: y es bien espantosa la advertencia de San Gerónimo, que este hombre Dios, que por una parte era la misma sabiduría, y por otra la mansedumbre y la bondad misma, siempre dió muestras de mayor indignacion, y zelo mas ardiente contra esta imaginada severidad farisaica, que contra los delitos mas enormes de los publicanos, y de las mugeres publicas de Jerusalén.

¿Pues qué les faltaba á los Fariseos para ser severos? Ay hermanos míos, responde S. Bernardo, ¿qué es lo que no les faltaba? Tenian la sombra de la severidad, pero estaban tan lejos de tener el espíritu de ella, que no tenian ni aun el cuerpo. ¿Por qué? Porque no procuraban exercitarla sino por sacar de ella sus provechos y ganancias; es decir, porque eran unos hombres interesados, que no se daban al rigor de las observancias de la ley, sino por mantenerse en la posesion de un interés que los cegaba, y ellos le solicitaban con pasión, por llegar á conseguir sus intentos, por contentar su codicia, por señorearse de los espíritus, por exercitar un imperio absoluto, no solamente sobre las personas, sino (como Jesu-Christo los motejaba) sobre sus haciendas y sus bienes, y especialmente los de algunas viudas, que preocupadas con la opinion de su santidad se desuanciaban para proveerlos: *Vae vobis, quia*

comeditis domos viduarum. (a) Porque estos son los puntos que advirtieron los Evangelistas, es que el Hijo de Dios solia estenderse para confundir estos sábios del Judaismo, sin perdonarlos jamás, y juzgando que era necesario descubrir el abuso de su proceder, porque nada tenia por mas contrario á la pureza de sus máximas, que este interés cubierto con el velo de la severidad.

Si sucediera, Christianos, que por nuestra desgracia echasemos nosotros por los mismos caminos, y que en medio de la Christiandad, cuya creencia y culto profesamos, fuésemos Fariseos en las obras y en las costumbres. (No es esta una suposicion chymérica, pues San Pablo, que preveía los males que amenazaban á la Iglesia, advertia á su discípulo Timoteo, que llegaría un tiempo en el qual este trato de la piedad habia de reynar aun entre los mismos fieles; y que algunos de ellos tendrían tan viciada el alma y el corazon, que llegarían al extremo de imaginar, que la Religion les debia servir de medio para conseguir sus medras en el mundo: *Hominum mente corruptum* : : *existimantium quantum esse pietatem.*) S. Pablo lo predixo, y quiera Dios que no sea nuestro siglo uno de los señalados en esas palabras: á vosotros y á mí nos toca preservarnos de semejante desorden.) Si sucediera, digo, que abusando de una cosa tan santa como la severidad Evangélica, viniese á cumplirse en nosotros el escándalo de que se lamentaba San Pablo, que no hallando por ventura otro medio de adelantarnos en el mundo, y de suponer algo en él, intentásemos conseguir este fin por medio de las apariencias de una vida mas reformada; si por ahí se solicitase el ponerse bien, se grangeasen amigos, se ganasen patronos; si por ese camino, ó por mejor decir, en él mismo se tuviesen designios, esperanzas, intenciones que habian de salir á luz á su tiempo, de tal suerte que todo este resplandor de una devocion severa no se enderezase á otro fin que á manejar bien un negocio, á encaminar bien

(a) Math. 23. v. 14. (b) 1. Tim. 6. v. 5.

bien un desígnio, á obligar á este, á ganar la otra; en una palabra, á mantener esta compañía, este trato indigno que fue materia de horror para el Apostol: *Existimantium quæstum esse pietatem*; ¿pudiera entonces decirse, que habia en eso el menor rastro de aquella severidad Christiana que no solamente nos debe hacer perfectos, sino perfectos como nuestro Padre celestial? ¡Ay! amados oyentes míos; hacer este juicio sería invertir los conceptos de las cosas, y gustar de engañarnos á nosotros mismos. No, no; si hemos venido á parar en esto, no nos conoce por discípulos suyos Jesu-Christo. Esta severidad interesada es una de las mayores relaxaciones á que podemos venir; y todo el fruto que de ahí podemos esperar es, que despues de habernos servido de ella para hacer un papel odioso ó ridiculo en los ojos de los hombres, sirva algun dia para confundirnos y avergonzarnos en los ojos de Dios.

Però direis que en eso hay zelo de mantener la disciplina, y no hay miedo que impida sacar la caña, para que tenga estimacion, y oponerla á la licencia y á los desórdenes del mundo. Otro error, dice San Agustin; porque este zelo de la disciplina que por otro lado es tan loable y tan necesario, no cuesta nada en las conversaciones, en los corrillos, en los pulpitos mismos, y en los discursos públicos. Cifíendole á esto nada desacomoda, antes se toma por medio de ganar honra; y llega el abuso á tal extremo, que la misma dissolution suele usar de este lenguaje, porque es leaguage de moda, y con hablar severamente se ha encontrado el secreto para hacer impuneamente quanto se quisiere.

¿No se han visto hypócritas que con este artificio se han mantenido y engañado á todo el género humano? ¿Y no se oye cada dia á unos hombres de conciencia perdida y cargados de delitos, explicarse con eloqüencia sobre el punto de reforma, y sobre la censura de las costumbres? Tan comun engaño es este, que empieza el mundo á no dexarse ya engañar con él. Pero sin entrar en esta politica de los sábios del mundo, de los sábios de vida desenfrenada, ¿querémos conocer, si este zelo de reforma tan vivo

ca

en la apariencia y tan ardiente es en nosotros efecto de la severidad del Evangelio. Pues exáminemoslo por nosotros mismos, y por nuestro propio proceder. Hablando como hablamos, quiero decir, preclandonos en las conversaciones de apoyar las máximas mas severas, ¿dexamos de ser por eso menos interesados? ¿Tenemos menos aspreza al solicitar lo que pretendemos que se nos debe? ¿Procedemos con mejor fé para hacernos justicia rigurosa en lo que debemos á otros? ¿Estamos mas dispuestos para ceder de nuestros derechos en muchos lances en que lo piden la caridad ó la paz, la obligacion ó la honra misma? Y sobre todo, ¿estamos mas despegados de aquellos respetos humanos, que inficionan lo mas sagrado que tiene el culto de Dios?

Porque esta es (digamoslo así) la piedra toque; pero el zelo falso no quiere ser probado en ella. Exágeramos con las palabras la santidad de la Religion Christiana; no es esto precisamente lo que yo condeno; sino que al mismo tiempo que en nuestras palabras y decisiones somos tan rigurosos, si tenemos en la práctica algun negocio que manejar, alguna diferencia que ajustar, algun dinero que emplear, alguna restitucion que hacer, algun beneficio que retener, ó que negociar, como se dice: y ya que el nombre de beneficio se me ha escapado, tenemos que pelear con los justos remordimientos que en materia de beneficios nos debe causar su pluralidad, su incompatibilidad, la falta de residencia, el traspaso, el empleo, ó por mejor decir, el empleo de sus rentas en cosas profanas; en estas ocasiones cabalmente nos portamos como todos los demás, y harto peor que todos los demás muchas veces. ¿Por qué? Porque anda nuestro interés de por medio. Aquellos Teólogos blandos que se acomodan al gusto, á los quales antes no podiamos llevar en paciencia, no son ya tan odiosos; estudiando con mas cuidado sus opiniones, descubrimos en ellas un buen sentido, y despues de haberlas condenado cien veces respecto de los demás, al fin las juzgamos conformes á razon para nosotros. ¿Pues no es este el modo con que el amor propio es

Tom. I. Adviento.

Pp

in-

ingenioso para preocuparnos y corrompernos?

Yo sé, Christianos, que no nos falta habilidad para dar á entender en esto mismo que somos hombres de conciencias; y que despues de habernos una vez declarado por el partido severo de la Christiandad, si nos sobreviene en el mundo una ocasion importante que no habiamos previsto, en la qual esta severidad se halle por desgracia contraria á nuestro interés; una ocasion en que el mundo tuviera puestos los ojos en nosotros, para ver como nos portariamos en ella, y en que está resuelto á no hacernos ninguna gracia; yo sé, digo, que en esas circunstancias sabemos bien mirar por nosotros, y no arriesgar nuestra reputacion: entonces no nos rendimos de repente al parecer que nos acomoda; somos los primeros que sentenciamos contra nosotros: son necesarios muchos consejos de amigos y parientes para mitigar este rigor; y no hay consulta que no tengamos cuidado de hacer para cautelar quanto sucediere. Mas quando al fin caigo en la cuenta de que todo el mysterio viene á parar en hacer con muchas ceremonias lo que sin tantas dificultades y rodéos hacen los mas relaxados, y por ventura no lo hiciera un Christiano que vive segun el modo comun del mundo, aunque en la especulacion sea menos zeloso de las costumbres, y de la disciplina; en verdad, amados oyentes míos, que no puedo dexar de llorar nuestra miseria y nuestra flaqueza.

La severidad Christiana en estas ocasiones estaba en no tomar tantas medidas, en no consultar tantos Autores, en no oír tantos pareceres, en mantener su dictamen con tesón, en atenerse á lo que se habia juzgado segun Dios por mas seguro y ajustado, en hacer sinceramente lo que él hubiera aconsejado á otros, y en abandonar este interés que realmente no se aviene bien con las reglas de la Religion. ¿Pero dónde están el dia de hoy los exemplos de esta severidad? Pues por ahí se debe medir. Porque quando veo que un Christiano me habla del camino estrecho del Evangelio, y que se vuelve luego á sus intereses, aunque hiciera milagros no creyera en él, aunque pronunciará

ra oráculos no me moviera: muestrese desinteresado, y con eso me persuadirá.

Ultimamente dixé, que no basta tampoco el abandono efectivo de algunos intereses particulares; ¿por qué? La razon es la reflexion de San Agustin; porque es facil renunciar un interés por otro, como le era facil al otro Filósofo pisar con desprecio el fausto de Platon, mas con otro género de fausto mas soberbio y menos sufrido. Si queremos entrar por este camino que Jesu-Christo nos descubrió, y es el de los escogidos, es necesario que nuestro desinterés sea general, absoluto y sincero, de tal suerte que en la profesion de dedicarnos á Dios que hacemos, no pongamos la vista sino en Dios, y no busquemos sino á Dios. ¿Pues no merece Dios ser buscado de esta suerte? Ha de ser absoluto, sin condicion, sin reserva, sin restriccion, porque aquí es donde está máxima: *Todo ó nada*, debe tener lugar mas que en otra parte, qualquiera que sea: y donde la menor atencion á lo que se llama interés propio marchita el lustre, y arruina el merecimiento de la piedad de mejores apariencias. Sincero, sin aquella sutileza que nos hace á veces huir del interés por llegar mejor á conseguirle; nos hace que le abandonemos para retenerle mejor; nos hace dar á entender un desprecio fingido de él, para evitar que nos censuren como interesados, aun quando con mas ansia le solicitamos: porque el interés, dice San Agustin, habla todas las lenguas, y hace el papel de todos los personages, aun el del desinteresado, ¿Pero nosotros engañamos á Dios? Engañamos á los hombres con toda nuestra prudencia?

Este es el primer carácter de la severidad Evangélica, por donde se llega á la perfeccion. Mientras fue seguida en la Christiandad, quiero decir, mientras el interés, ó por mejor decir el espíritu del interés estuvo desterrado de ella, se mantuvo en su pureza y en su lustre. Desde el mismo momento en que dexamos este espíritu se alteró el de nuestra Religion, y nosotros empezamos á degenerar.

Este es el motivo por el qual no podemos dexar de echar menos los siglos dichosos de la Iglesia primitiva: y

por el mismo debíamos desear verlos renacer. Nada poseían en aquellos tiempos los fieles como propio. Pero luego que empezó la distincion entre mio y tuyo; desde que se oyeron estas palabras frias (como se explica el Crisóstomo) pero que no obstante su frialdad, y aun con su frialdad misma excitan tanto calor en las almas, toda la santidad Christiana degeneró de lo que era, y hemos venido á caer en un total estrago de las costumbres. Buscando lo propio se ha aprendido á hallar lo ageno, y al hallar lo ageno se ha hecho propio. De ahí han nacido tantas divisiones, artificios, engaños, cohechos, violencias, y robos. De ahí tantos abusos que han penetrado hasta el santuario: de suerte que se nos puede ahora motejar lo mismo que Tertuliano motejaba á los Gentiles, quando les decia que hacian servir á sus intereses toda la Magestad de sus Dioses: *Apud vos majestas quaestuaría efficitur*. De ahí las simonías paliadas y disfrazadas; las permutas aún mas indignas que la misma simonia; las gratificaciones ó recompensas, los tributos y pensiones sobre los beneficios sin haberlos poseído jamás; el disipar el patrimonio de Jesu-Christo en alhajas, en trén, en equipages; el ansia de dominar en la Iglesia, obligándose á serviria por mandar en ella. Desórdenes que la han desacreditado, y hecho odiosa á los hereges, y la han ocasionado de parte de ellos tantas y tan sangrientas inechivias.

¡Ay! hermanos míos, despertemos hoy nuestro zelo. Tengamos sentimientos mas puros, y menos terrenos. No osteateemos inutilmente máximas tan bellas, sino vengamos á los efectos que deben tener. Empezemos por el desapego y desasimiento de nuestro corazón: con éste glorificaremos á Dios, edificaremos la Iglesia, cerraremos la boca á sus enemigos, y me atrevo á decir que no perderemos nada en ello. Porque la piedad, dice el Apostol, es riqueza grande, si sabemos contentarnos con ella: *Est quaestus magnus pietas cum sufficientia*. (a) Desde que no

(a) 1. Tim. 6. v. 6.

estamos contentos con ella, desde que fuera de ella queremos otra cosa, y con una especie de sacrilegio mezclamos los intereses profanos y humanos, con los que enteramente son espirituales y celestiales, Dios reprueba esta union, y los hombres la desprecian. No miremos sino á Dios, busquemos á Dios solamente, Dios nos bastará; *Cum sufficientia*. ¿Y por qué no nos ha de bastar? Basta para todos los Bienaventurados que hay en el Cielo, basta para sí mismo. ¿Tenemos el corazón mas vasto que tantos Santos, ó que el mismo Dios? ¿Qué hay, Señor, en todo el circuito de este grande universo, que pueda yo desear fuera de Vos? Si Vos sois mio, ¿qué otra cosa he menester? Así hablaba David. Dios le valia por todo: verdad es que se ponía á la vista el premio, le pedía, le solicitaba; pero este premio ¿qué era sino el mismo Dios? Severidad Christiana, no solamente desinteresada, sino humilde. Esta es la segunda parte.

II. PARTE.

En los mas hermosos frutos dice San Agustín, se crían los gusanos; y en las virtudes mas excelentes suele pegarse mas la soberbia; porque lo que es el gusano respecto de los frutos que corrompe, es la soberbia respecto de las virtudes, especialmente de las virtudes Christianas que inficiona. No hay segun Dios cosa mas perfecta que esta severidad Evangélica que os predico, si es bien entendida y santamente practicada. Se puede decir con verdad, que es el fruto mas esquisito y mas divino que la Christianidad ha producido en el mundo; mas tambien se debe confesar, que es el mas expuesto á esta corrupcion del amor propio, á esta tentacion sutil de la estimacion propia; aún por eso, habiéndose guardado de todo lo demás, le cuesta tanto trabajo guardarse de sí misma.

Si, Christianos, confesemoslo á costa de nuestra confusion: en el desórden del siglo en que vivimos es cosa rara hallar hombres enemigos de la relaxacion, y severos para sí mismos, como la Religion nos obliga á serlo; pero

lo que debe confundirnos mucho mas, es que por ventura no lo es menos en este siglo en que estamos, y aun entre aquellos que son mas severos para sí mismos, hallar hombres defendidos de la soberbia, y humildes de espíritu y corazon. No obstante, hermanos míos (decia San Bernardo hablando con sus Religiosos) ser humilde y ser severo consigo mismo segun las máximas de Jesu-Christo, no son dos cosas distintas, y si queremos recurrir sobre ello á nuestra propia experiencia, conocerémos que en la práctica de una sincera humildad consiste la austeridad esencial y verdadera. ¿Pues qué sería, si con lamentable ceguedad viniésemos á separar la una de la otra? ¿Qué sería, si buscando este puerto de la salvacion á que el Salvador nos llamó quando nos dixo: *Intrate per angustam portam*, (a) fuésemos á estrellarnos contra un escollo tan peligroso como el de una vanidad lisonjera y una soberbia presumida? A mí me toca, Christianos, descubrirnos este escollo, y á vosotros temerle y evitarle. Mas ¡ay de vosotros, y ay de mí, si no nos aplicamos á reconocer una ilusion tan engañosa, y no ponemos todo el cuidado que es menester para no consentir jamás que se apodére de nosotros!

Pues ya lo dixé; y como mi idéa me llama otra vez necesariamente á los Fariseos, tengo obligacion de volverlo á decir: no hay que admirarse de que habiendo venido el Hijo de Dios al mundo para reformarle, y para levantar (seame licito hablar así) el estandarte de la vida anstérra, comenzase desde el principio por una guerra descubierta contra estos virtuosos fingidos que eran los mas severos, y en la opinion comun los mas reformados del Judaismo. Para obrar conforme á la adorable providencia con que fue enviado, y conforme al Evangelio que nos anunciaba, así los habia de tratar. Por entre el velo de esta aparente severidad reconoció que eran unos espíritus soberbios, y desde luego los miró como usurpadores de la gloria de su Padre. Ved la razon de declararse contra ellos.

Eran

(a) Matth. 7. v. 13.

Eran unos hombres de un exterior edificativo, y se gloriaban sobre todo de observar á la letra é inviolablemente la ley; pero en lo restante estaban llenos de una altiva estimacion de sí mismos, y preocupados de su merito; se atribuían á sí mismos todo lo bueno que en ellos habia; se miraban á sí mismos, y tenian una oculta complacencia en que los demás los mirasen como los justos, los perfectos, los irreprehensibles: *Qui in se confidebant tanquam justi*: (a) á título de tales se imaginaban que tenían derecho para despreciar á todo el género humano, no hallando sino en sí mismos la santidad y la perfeccion, y no pudiendo agradecerles otra sino la suya: *Et aspernabuntur ceteros*: (b) con esta mira no solamente no se avergonzaban de una distincion insolente, pero ni aun de la extravagante singularidad con que se lisonjaban, llegando á dar gracias porque no eran como lo restante de los hombres: *Gratias tibi ago, quia non sum sicut ceteri hominum*: (c) aun en los mismos ejercicios de humildad, y en las obras de penitencia buscaban una gloria vana; ayudando, dice el texto sagrado, para que se supiese que ayunaban, y desfigurando sus rostros, para geargarse el respeto y veneracion de los pueblos: *Externinant facies suas, ut appareant hominibus jejunantes*: (d) debaxo de este pretexto de una vida ajustada, y de una doctrina severa satisfacian su ambicion, haciéndose llamar maestros, y queriendo serlo en todo: *Et vocari ab hominibus Rabbi*: (e) sin mas título que ese (quiero decir, de una vida ajustada y exemplar) se tenían por bastantemente autorizados para tomar en todo los primeros asientos, y apoderarse de los lugares mas honoríficos: *Amant autem primos recubitus in canis, & primas cathedras in synagogis*. (f) Estos son los colores con que el mismo Jesu-Christo los pintó; no nos dexó en el Evangelio cosa mas viva, ni mas acabada que esta pintura, en que quiso que cada uno

(a) Luc. 18. v. 9. (b) Ibid. (c) Ibid. v. 11. (d) Matth. 6. v. 16. (e) Matth. 23. v. 7. (f) Ibid. v. 6.

de nosotros se estudiase, y aprendiese á conocerse á sí mismo. Pues todo esto, dice San Agustín, se oponía contradictoriamente á la severidad Evangélica que el Salvador del mundo habia ideado, y habia propuesto instituir en el mundo; y este es tambien el motivo de haber mostrado tanto zelo contra la presuntuosa severidad de estos Doctores falsos de la Synagoga.

Pero si no pudo sufrir este fausto en los Fariseos; ¿cómo le llevará en nosotros? Esta es una bella reflexion de San Gregorio Magno. Si el Hijo de Dios condenó tan fuertemente esta severidad corrompida y emponzoñada de la soberbia en unos hombres que no le pertenecian en nada, y nunca se criaron con los dictámenes de su ley; ¿qué le parecerá en los Christianos, que son (como dice San Zenon de Varona) discipulos de su humildad, y con indispensable obligacion deben seguirla? No obstante, hermanos mios, este es otro desórden de que nos debemos guardar, y sobre el qual se nos ordena que estemos sobre nosotros con particular atencion: *Attendite, ne iustitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis.* (a) Guardaos bien de hacer vuestras buenas obras á los ojos de los hombres, por ser alabados y aprobados de ellos.

Porque no nos imaginemos que esta severidad de ostentacion tan repetidamente censurada por Jesu-Christo es un fantasma que ha desvanecido la ley de gracia totalmente; persevera aún, y quiera Dios que despues de haber sido el vicio propio de los Fariseos, no haya con triste sucesion venido á ser el nuestro. Como en lo intimo de nuestro ser no somos sino una vanidad y una nada, todo quanto hay en nosotros, aún las virtudes, buelen á esta nada, y participan algo de esta vanidad; y como la soberbia, que es la parte mas sutil del amor propio, ha echado raíces tan hondas en nuestras almas, se insinúa con una triste fatalidad no solamente en aquellas cosas en que de

(a) Matth. 6. v. r.

algun modo tenemos lugar de buscarnos á nosotros mismos, sino aun en el aborrecimiento propio, hasta en la propia abnegacion, hasta en los rigores santos que nos inspira Dios para con nosotros mismos. Apenas nos hemos puesto en algun punto de vida mas ajustada, quando este demonio de la soberbia empieza á combatirnos; Si desde el mismo instante no tenemos cuidado de nosotros, ó nos olvidamos de nosotros, nos parece que no pertenecemos ya á esta inferior region del mundo; que somos singularmente los escogidos de Dios; estamos siempre satisfechos de nosotros, y siempre dispuestos á ensalzarnos con el pretexto de ensalzar á Dios en nosotros.

No porque en muchas ocasiones no hagamos de los humildes; pero con una humildad, dice San Gerónimo, que nada aventura; con una humildad que solicita ser honrada, y tiene seguridad de serlo; con una humildad que sirve de cebo á la alabanza; y con la qual la misma soberbia se adorna. Reconocerse, confesarse en general por pecador; pero no llegar jamás á confesar en particular alguna culpa. No parece sino que basta ser severo para estar lleno de sí mismo, asido á su parecer, idólatra de sus pensamientos. De ahí nace que aun sin caer en ello, no habla sino de sí; nada bueno vé sino en sí, todo lo mide por sí; aunque Dios reparte gracias totalmente diferentes, solamente la suya estima, y con una especie de poquedad presuntuosa de espíritu todo lo quisiera reducir á la suya. Y porque no halla dispuesto á todo el mundo para eso, le causa compasion, mas no una compasion caritativa y sufrida, sino una compasion desdeñosa y llena de desprecio. Todo lo que no es á nuestro gusto nos parece digno de reprobarse, á todos los demás los juzgamos perdidos; á exemplo de aquel hombre de quien habla San Bernardo, que no sé con qué encanto habia enloquecido el mundo en sus errores, persuadiendo á los ignorantes y simples, que aun despues del beneficio de la redencion apenas habia persona que se salvase, y todas las riquezas de la misericordia divina estaban reservadas únicamente para los que creían en él, y seguían su partido; es decir, añade San Bernardo, para los que se dexa-

ban engañar de él: *Qui; nescio qua arte*, son palabras dignas de advertencia; *nescio qua arte persuaserat populo stulto & insipienti; etiam post Christi efusum sanguinem; totum mundum perditum iri; & ad solos quos decipiebat totas miserationis Dei divitias; & universitatis gratiam pervenisse.* ¿Cuántas veces en los siglos siguientes se ha vuelto á renovar esta ilusión? Se quiere practicar la ley Christiana en su rigor, pero se quiere conseguir honra por ello. Se huye del mundo, pero se gusta que el mundo lo sepa; y si no hubiera de saberlo, dudo que hubiese aliento y valor en muchos para retirarse de él. Se dexan algunos divertimientos que la Religión condena; pero se mantiene esa resolución por la gloria de haberlos dexado. Se dexa la profanidad de los trages; pero se retiene otra tanta ó mayor complacencia de sí mismo que los mas mundanos. No hay ya cuidado de la hermosura; pero hay una total satisfaccion del entendimiento, y del juicio propio. Se niega uno á sí mismo algunos gustos, se abstiene, se mortifica en secreto; pero se dispone de suerte que este secreto dexé presto de serlo, y se haga público; y hay cien trazas para hacerle público, aun salvando todas las apariencias y exterioridades de la modestia.

De donde nació; que así en todo esto como en otras mil materias se quiere la singularidad. ¿Por qué? Porque la singularidad tiene la calidad de excitar la admiracion, que es el cebo de la vanidad. Toda la perfeccion del Evangelio, yendo por los caminos llanos y comunes, no tiene cosa particular que nueva. Si hay alguna novedad, en ella se pone, y se halla la devocion; y como San Agustin quando pensaba en convertirse, ninguna cosa evitó con mas estudio que el hacerlo con ruido, por temor (como decia él mismo) de que no pareciese que habia querido parecer grande hasta en la misma penitencia? *Ne conversa in faciem meam intuentium ora dicerent, quod quasi appetissem magnus videri;* (a) nosotros con una máxima contraria, pe-

(a) Augustin. Confes. lib. 9. cap. 2.

ro muy lejos del espíritu de este santo penitente, hasta en la penitencia buscamos un resplandor vano, del qual nos dexamos deslumbrar.

Basta que tengamos algun zelo de disciplina y de reforma para atribuirnos el poder juzgar de todo; para usurparnos una superioridad que ni Dios ni los hombres nos han dado; y por ventura para dar la ley á aquellos de quien la debemos recibir. Porque un lego se querrá constituir censor de los Sacerdotes; un secular reformador de los Religiosos; una muger directora; ¿y qué se yo de quien? Y como todo esto se disfraza con color de piedad, no se cae en la cuenta de que es ansia de dominar. Esta misma presuncion con una natural consecuencia degenera muchas veces, y se convierte en ambicion. Parece que ser severo en las máximas es escalon para ascender; y que esta sola calidad bien manejada puede valer en lugar de qualquiera merecimiento. Y como los Fariseos se servian de ella para obtener las primeras sillas en las Synagogas, se usa ahora para introducirse en las primeras Dignidades de la Iglesia. ¿Pues no parece que Jesu-Christo nos quiso poner á los ojos en estos sábios del Judaismo todos los desafueros y abusos á que habiamos de estar expuestos? ¿Y no es materia de espanto, que lo mismo que Jesu-Christo motejaba entonces en ellos, sea justamente y á la letra lo que aun el dia de hoy se vé en el mundo Christiano?

Pues yo afirmo, que esta levadura y esta hinchazon de la soberbia, no solamente inoficiona el mérito de la severidad Christiana, sino que tambien destruye su ser. Que corrompe el mérito no lo dudais; porque delante de Dios, ¿qué merecimiento puede ser el de un hombre soberbio? ¿Con qué cara tendrá osadía de decir con San Pablo: *Reposita est mihi corona justitiae;* (a) espero de mi Dios la corona de justicia que me está guardada? ¿Con qué razon no podrá el Salvador del mundo responder lo del Evangelio: *Recepisti mercedem tuam?* (b) Os prometeis premio, y no

Qq 2

(a) Tim. 4. v. 8. (b) Matth. 6. v. 2. si quis vult mereri

considerais que ya le recibisteis, ó por mejor decir, que ya os le disteis vos mismo. Queriais satisfaceros y complaceros en vos mismo; ¿y de qué ocultas complacencias no habeis estado lleno? ¿Qué satisfecho habeis estado de vuestra persona? Pues ved como estais premiado; y yo no os debo sino el castigo de vuestra vanidad y de vuestra soberbia. Pues, Señor, en vuestro nombre me empené en aquellos caminos ásperos y trabajosos. ¿En mi nombre? Decid en el vuestro. Vuestro nombre, por el cuidado que tuvisteis de él, si otros tuvieron en vuestro lugar, fue en el mundo mas pregonado y honrado: pero el mio está tan lejos de ser glorificado, que antes ha padecido por el vuestro.

Por consiguiente, Christianos oyentes, ningun mérito hay en esta severidad; y añado tambien, que no hay en tal caso severidad verdadera, porque la soberbia destruye todo el fundamento y todo el sér de la severidad. Doy la razon: La severidad verdadera y christiana debe consistir en hacerse violencia, y contradecir á la naturaleza y al amor propio. Pues todo lo que lisonjea á la soberbia, lisonjea á la naturaleza; y en lugar de hacerla guerra sigue su inclinacion, la dá gusto, la alimenta de lo que ella gusta con mas dulzura y deleyte. Y en efecto, no hay vida por trabajosa y penosa que sea, que no se nos endulce quando sabemos que nos hace sobresalir en el mundo, quando hace que se hable de nosotros en el mundo, y que seamos en él atendidos y respetados. Con eso, para esas acciones no es necesaria gracia que nos haga obrar; la naturaleza sola nos dá fuerzas.

Por esto, dice el Chrysóstomo (y siempre me ha parecido muy sólido y juicioso este pensamiento) por esto nos cuesta mucho menos hacer lo que no debemos, que lo que debemos; y uno de los errores mas comunes entre aquellas mismas personas que buscan á Dios, es dexar el precepto, y lo que es de obligacion, por aplicarse al consejo y á lo que es de supererogacion. ¿Por qué? Porque hay una cierta gloria en hacer lo que no se debe, que ambiciosamente se busca, y todo lo hace facil; pero en hacer lo que se debe

be no hay mas elogio que esperar, que el de ser unos siervos sin provecho: *Servi inutiles sumus: quod debuimus facere fecimus.* (a)

¿Cuál es, pregunto otra vez, el verdadero rigor de la Religion Christiana? ¡Ah! amados oyentes míos, entendamos esto bien, y no lo olvidemos jamás. El verdadero rigor de la Christianidad es ser humilde, ser pequeño en sus ojos, estar negado á sí mismo, no atenderse tanto á sí mismo; es estar muerto, ya que no al sentimiento, á lo menos al deseo y á la pasion de la honra; es recibir con buen semblante, quando lo quiere Dios, la humillacion y el desprecio. El verdadero rigor de la Christianidad consiste en gustar de ser abatidos, y de vivir olvidados y escondidos; y en ejercitarse sólidamente y con sinceridad en esta breve pero importante leccion de San Bernardo: *Ama necirri*; porque ved ahí lo que la naturaleza no puede llevar: no pensarán ya en mí, no hablarán ya de mí, no tendré ya otro testigo sino á Dios de mi vida, y no sabrán los hombres lo que soy ni lo que hago. Y por que la misma humildad pelagra en algunos géneros de vida, en los cuales toda la perfeccion, aunque por otra parte muy santa, está en alguna distincion y singularidad; el verdadero rigor de la Christianidad; y especialmente respecto de los espíritus vanos, consiste en mantenerse en el camino comun, y hacer en él sin ser reparable lo que por otro camino se hiciera con mas ruido. En este camino no se pensará ya en vos tanto mejor; eso es lo que habeis de buscar. En este camino comun no sereis admirado, no tendreis quien os apruebe, como si estuviera asalariado para hacer que se aplaudan vuestras acciones: pues eso es lo que hará que vuestras buenas obras estén seguras. En este camino comun no sereis tenido por de la compañía de los perfectos, vuestro nombre estará como sepultado: en buen hora; este es el estado en que os quiere el Apóstol quando os dice, que como Christianos debéis estar muertos para todo, y que vuestra

vi-

(a) Luc. 17. v. 10. (b) (c) (d) (e)

vida debe estar escondida en Dios con Jesu-Christo: *Mortui enim estis, & uestra abscondita est cum Christo in Deo.* (a) Esto os parecerá cosa áspera, y en efecto lo es; mas por eso mismo, y en eso mismo hallaréis que esta vida estrecha, que conduce á la santidad, es propia de la Religion que habeis abrazado.

Ah! Señor, imprimid en lo mas profundo de nuestro entendimiento estas verdades. Yo os doy gracias, Dios de mi alma, porque no las habeis manifestado á los sábios y á los prudentes: *Confiteor tibi Pater, quia abscondisti haec à sapientibus & prudentibus*; (b) no digo solamente á los sábios del mundo, á los políticos del siglo; sino á los sábios preciados de virtuosos; á aquellos soberbios devotos que se desvanecen en sus pensamientos: *Sed revelasti ea paruulis*; y juntamente os bendigo, porque se las habeis manifestado á los pequeñuelos que no se dan á conocer tanto en el mundo, ni son tan conocidos en él: cuyo merecimiento no es tan pregonado; pero sus nombres desconocidos en la tierra están escritos en el Cielo: cuyos caminos son tanto mas derechos y seguros, quanto tienen mas de sinceridad. Si, mi Dios, seais bendito por ello: *Ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.* Concluyamos: la severidad Christiana es desinteresada, es humilde; y en fin es una severidad benigna. Esta es la tercera parte.

III. PARTE.

Si se miran las cosas por lo que parecen, no hay cosas al parecer mas opuestas, que la severidad y la caridad. Porque la caridad (segun San Pablo) es benigna, tiene condescendencia, es obsequiosa, todo lo disimula, todo lo escusa, todo lo sufre; al contrario, la severidad hace profesion de no escusar nada, de no sufrir nada, de no tener agrado ni condescendencia, de ser inflexible en sus sentimientos, y rigida en sus procederes. Propiedades que al parecer se destru-

(a) Coloss. 3. v. 3. (b) Matth. 11. v. 25.

truyen las unas á las otras. Pero el Hijo de Dios supuso, Christianos, que podrían concordarse perfectamente; y segun entendió su Evangelio, apenas se podrá juzgar por qual de estas dos virtudes mostró zelo mas ardiente, no habiéndolas separado jamás, no habiendo querido la una sin la otra; sino habiendo hecho igualmente de las dos una señal clara de su ley. ¿Pues cómo es esto, y qué medio hay para concordarlas? No hay cosa mas facil por poco verdaderos que estemos en la doctrina de Jesu-Christo. Hagamos bien la distincion entre los objetos, y por la diferencia de ellos vendremos á reconocer, que lo que parece en este punto contradiccion, es en lo que consiste toda la harmonia y perfeccion de la ley de gracia.

En efecto, dice San Agustin (y esta es la solucion de la duda) nunca pretendió el Salvador del mundo en el Evangelio que fuesemos severos con los demás, sino con nosotros mismos: y su intencion nunca fue que tuviesemos con nosotros esta caridad de que hablo, quiero decir, esta mansedumbre y benignidad, sino con los otros. La caridad con los otros, y la severidad consigo mismos son dos obligaciones que por sí mismas se concuerdan; y están tan lejos de hacerse guerra, que antes bien se fomentan mutuamente: pues la obligacion sola de tener caridad con nuestros hermanos nos pone en una necesidad absoluta de ser severos con nosotros mismos; y cada dia nos enseña la experiencia que la ocasion mas frecuente, y la razon mas ordinaria que tenemos para usar de esta severidad con nosotros mismos, es la caridad que debemos tener con nuestros hermanos.

Por lo restante, no hablo de los que Dios ha puesto para mandar y gobernar á otros; mucho menos de aquellos de quienes ha fiado el gobierno de las almas, como son los Pastores, los Confesores y Directores. No me toca á mí (y ya declaré en otro discurso mi sentir sobre esta materia) no me toca á mí darles reglas, antes me conviniere tomarlas de ellos. El saber si han de ser severos ó blandos; si en el uso de su ministerio ha de predominar la caridad sobre la severidad, ó la severidad ha de prevalecer á la caridad; si la

severidad sin caridad puede ser útil, ó si la caridad sin severidad puede tener eficacia; son puntos que no hablan con los que me escuchan, ni yo tampoco intento decidirlos. Hablo de Christiano á Christiano, y de particular á particular; y digo que fuera muy importante para vosotros y para mí, decirnos toda nuestra vida, que la caridad debida al próximo es la materia mas copiosa, y juntamente mas necesaria de esta severidad que quiere Dios que usemos con nosotros mismos. ¿Por qué? ¿Podemos dudar de ello despues de las grandes ideas que San Pablo nos dá de la caridad christiana; y especialmente despues de tantas experiencias de lo que nos cuesta casi á cada instante en el trato del mundo el practicarla?

Quando este Apóstol grande nos dice que la caridad debe sufrir las flaquezas y las imperfecciones del próximo, que debe ser obsequiosa con él, y servirle, que debe aliviar sus miserias; quando añade que no se enoja, que no se dá por ofendida, que no dá mal por mal, que es sufrida en las injurias, que hace bien á los que le ultrajan, que no hay cosa alguna que no esté dispuesta á padecer; en esta descripcion tan bella y tan viva, ¿qué nos predica sino la severidad con nosotros mismos?

Severidad verdadera; porque para cumplir con todo eso, ¿qué no ha de tomar una persona sobre sí? ¿Cuántas victorias es preciso que consiga de su natural, de su génio, y de sus pasiones? Hablemos en particular. Para tener esta caridad sufrida, ¿con cuántas fantasías y caprichos de parte de aquellos con quienes se vive, con cuántos modos molestos, enfadosos y ofensivos no es necesario acomodarse? ¿Qué odios, qué antipatías naturales no se han de vencer? Para tener esta caridad discreta y sábia, ¿en cuántas cosas es necesario irse á la mano? Pongo por exemplo: ¿en cuántas ocasiones conviene callar quando se quisiera hablar; condescender quando se quisiera resistir; excusar quando hubiera gana de fiscalizar; querer antes parecer menos entretenido y menos agudo, que no ofen-

ofender y usar de donayres? Para tener esta caridad despegada de sí misma, ¿qué no se debe sacrificar? ¿En cuántas pretensiones justas no es necesario aflojar? ¿En cuántas materias y ocasiones en que fuera facil salir con lo que se intenta no es preciso volver atrás y ceder? Para tener esta caridad apacible, ¿qué movimientos de ira no conviene reprimir? ¿Qué sentimientos de venganza no es necesario ahogar? ¿Qué de malos oficios y qué de injurias no han de echarse en olvido? Decidme, amados oyentes míos, ¿qué será la severidad Evangelica sino es esto? Dadme un hombre amante de sí mismo, y que no sepa reprimirse y mortificarse, ¿cómo cumplirá con estos y otros muchos oficios á que la caridad con el próximo nos obliga? ¿Cómo amará al próximo con estas condiciones? ¿Cómo se desacomodará por asistirle en sus necesidades? ¿Cómo se humillará para templar su cólera? ¿Cómo vendrá en perdonarle una injuria? ¿Cómo se sujetará á ser el primero en disponer una reconciliacion? Luego es verdad que la caridad de que somos deudores á nuestros hermanos está tan lejos de oponerse á la severidad Christiana, que antes es una de sus partes mas esenciales, y como el fundamento de ella.

¿Mas qué sucede? Atended á este último pensamiento: en lugar de discurrir y obrar por este principio, confundimos todo el orden de las cosas; y con una inversion que casi nunca dexa de hacer en nuestro corazon el amor propio, si no vivimos con cuidado de guardarnos de él, en lugar de emplear contra nosotros mismos esta severidad (digo contra nosotros mismos, porque de derecho natural y divino somos los primeros, ó los únicos objetos de ella) la empleamos contra nuestros hermanos, no obstante que no son de su jurisdiccion. Porque ¿á qué se reduce comunmente esta severidad de que nos preciamos? Vengo en que no dexé de causar en nosotros alguna reforma; vengo en que nos aparte de algunos deleytes y pasatiempos del mundo estragado; vengo tambien en que nos haga parecer que tratamos mas de Dios y de nuestra santificacion; mas si con todo esto nos hace enfadosos, pesados,

dos murmuradores, censores de las acciones ajenas, é insufribles en el trato; si no obstante eso nos hace perder aquella condescendencia propia de la caridad, aquel obsequio con que debemos deferir á los otros, sin el qual es imposible mantener la paz, principalmente entre los parientes y de una misma familia: si á consecuencia de parecernos que vivimos ajustadamente, creemos que hemos adquirido derecho para no aprobar, ni tolerar, ni pasar nada: si esta severidad se emplea en observar hasta una paja en la vista de nuestro hermano; y en abultarla y darla cuerpo hasta hacerla parecer una viga: si nos inspira no sé qué agrio aún en los avisos mismos de caridad que damos, ó si con el pretexto de caridad nos pone en ocasion de darlos desmesuradamente, y siempre por fantasia y por capricho: si nos autoriza en la libertad de murmurar, tanto mas peligrosa quanto mas bien intencionada parece, y mas se reviste de las apariencias de zelo: si valiéndonos de la máxima de una vida ajustada decimos mas mal de nuestro hermano, que dixeran los mas maldicientes del siglo por imprudencia ó por malicia: si este espíritu de severidad sirve para fomentar nuestros sentimientos, para excitar nuestras venganzas, para hacernos incapaces de recobrarlos, tanto que porqué somos virtuosos y devotos, ó porque tenemos crédito de serlo, es mas de temer el tocarnos, que el ofender á un hombre del mundo que no aspira á santidad tan elevada: pero sobre todo, si es el mismo odio, y un odio fundado en razon de estado; si es la falta de voluntad y el espíritu de contradiccion el principio oculto que nos mueve á declararnos por severos (porque esto, vuelto á decir, puede suceder, y pues subo á la cátedra de Jesu-Christo para corregir los desórdenes de los Christianos, no, los debo disimular) si muestra severidad viene á degenerar en estos abusos, solamente es una severidad falsa, y se nos puede motejar como á los Fariseos, que ponemos gran cuidado en observar algunas cosas de poca monta, no haciendo caso de las que son mas importantes.

Porque uno de los preceptos principales es el de la ca-

ridad; y ved ahí, Fariseos hipócritas, (les decia el Salvador del mundo) en los que vosotros faltais. Toda vuestra virtud se reduce á unas ligeras observancias, y á unas menudencias de Religion, á pagar los diezmos de que no hace mencion la ley, y no se os piden: *Decimatis mentbam, & anethum*: (a) pero al mismo tiempo os olvidais de los puntos mas esenciales, que son la justicia y la misericordia: *Reliquistis quæ graviora sunt, legis, misericordiam, & judicium*. (b) La ley os manda que tengais equidad en vuestros juicios, y cada dia dais contra el próximo las sentencias mas injustas, infamándole, despedazándole, y condenándole. La ley os manda socorrer á vuestros hermanos, y cada dia concitais contra ellos nuevos enemigos; inventais contra ellos nuevos ardores; en lugar de socorrerlos trabajais para arruinarlos: de este modo os cegais: así tenéis miedo de tragar un mosquito, y os tragais los camellos.

Este fue en efecto el pecado de los Fariseos. Una exactitud escrupulosa en orden á ciertas tradiciones y ceremonias que no eran necesarias; pero ponian en ellas la severidad de su doctrina, y en lo restante un quebrantamiento libre y total de las obligaciones mas indispensables. Si la quæstion era sobre el dia del Sabado, le observaban con tal rigor, ó por mejor decir con tal supersticion, que por no quebrantarle, (como notó Josepho) quisieron antes, mientras duró el sitio de Jerusalem, abandonar su Ciudad al poder de los Romanos, arriesgar sus haciendas, su libertad y su vida, que reparar una brecha: pero no tenían dificultad de cometer ese mismo dia del Sabado las perfidias mas infames y las traiciones mas viles. Si el punto era sobre entrar en el pretorio de Pilatos, se quedaban fuera, y se ponian lejos; porque temian, dice el Evangelista, quedar inmudos si entraban en él; pero al mismo tiempo conspiraban contra Jesu-Christo, le calumpniaban, y

(a) Matth. 23. v. 23. (b) Ibid. loc. v. 41. 700. 1. (a)

solicitaba su muerte. Veis ahí, dice San Agustín, unos hombres que tienen la conciencia harto delicada. Miran como especie de inmundicia comparecer en el pretorio de un Juez pagano; y no tienen por delito derramar la sangre del inocente: *Alienigena iudicis pretorio contaminari metuebant*. *Et fratris innocentis sanguinem fundere non timebant*. ¿Pues no es esta una pintura natural de la piedad de nuestra siglo? Comulgará cien veces una persona, pero no tendrá el menor agrado con su marido, con sus hijos, con sus parientes, con sus domésticos: mortificará su cuerpo, pero no saldrá con una sola victoria de su corazón; dará que padecer á una familia entera con sus caprichos y con sus importunidades: la verán delante de su altar empleada en oraciones muy largas; pero la oirán en una conversacion gastando el tiempo en los mas satyricos discursos. ¿Pues qué es esto? Una virtud de Fariseo, ó si gustais de que hable con el Apóstol, una virtud de niños: *Fratres, nolite pueri effici sensibus*. (a) Sobre el qual lugar hace San Juan Chrysostomo una comparacion muy del caso. Mirad (dice este Padre) á un niño: no se le dá nada de que le despojen de su hacienda, de que le quiten su herencia, de ver que se arde su casa: pero se affige, llora, está inconsolable; si le quitan un trastillo con que se divierte. Esto es lo que cada dia nos sucede. ¿Hemos saltado á las reglas mas sagradas de la caridad? Apenas nos detenemos á pensar en ellas. ¿Pero hemos dexado un exercicio de nuestra devocion, que voluntariamente nos hemos impuesto? Al punto se va corriendo á la confesion para acusarse de ella, y se llora delante de Dios la falta. ¿Pues qué? ¿Hemos de dexar todos estos exercicios? ¿Hemos de echar por un camino mas ancho y aflojar en nuestro rigor? A esto respondo yo como el Salvador del mundo. No les decia á los Fariseos: dexad estas observancias pequeñas; sino aplicados desde luego á las mas necesarias.

(a) 1. Cor. 14. v. 20. ibid. (d) 2a. v. 2a. ibid. (e)

Antes es menester cumplir con estas, y no dexar las otras: *Hæc oportuit facere, & illa non omittere*. (a) Si, Christianos, seamos exactos y ajustados, seamos severos en nuestras costumbres: no solamente lo apruebo, sino que os exorto á ello, y no puede ser demasidamente fuerte qualquiera exortacion que os haga para que lo seais. No obstante, conforme á la bella leccion que nos da aquel gran Maestro de la vida espiritual San Francisco de Sales, no nos paremos en guardar algunas exterioridades, quando el enemigo se apodera del cuerpo de la plaza. Sea nuestra severidad sólida; y lo será si fuere desinteresada, si fuere humilde, si fuere benigna. Por ese medio llegaremos á conseguir la perfeccion del Evangelio, y la gloria que yo os deseo, &c.

(a) Matth. 23. v. 23.